



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	001: DOCENCIA
CAJA	002
EXP.	060
DOC	0001
FOJAS	7
FECHA (S)	1992

Palabras dirigidas en la ceremonia de egresados en la Universidad Iberoamericana.

Junio 20, 1992

El humanismo en la historia, en la educación y en la historia del arte en México.

Dra. Beatriz de la Fuente

Señor Rector de la Universidad Iberoamericana, licenciado Carlos Vigil; alumnos que hoy concluyen sus estudios profesionales en esta Universidad, compañeros universitarios, señoras y señores:

Es una distinción que se me haya escogido para dirigirme a ustedes en fecha tan relevante, lo hago con gusto y satisfacción. Al invitarme, se me dijo, que se habían tomado en cuenta algunos de los merecimientos que me honran; he de aclarar, sin embargo, que lo que verdaderamente me atrajo y halagó fue el poder compartir con ustedes tan memorable fecha; yo también fui egresada de la licenciatura en Historia del Arte de la Ibero. Yo también fuí, en su tiempo, una "chica" de la Ibero.

La invitación me suscitó mayor entusiasmo cuando el licenciado Vigil me expresó que podía ser buena oportunidad para hablar un poco acerca de mi disciplina, la historia del arte y, de las humanidades. Discurrir sobre las humanidades -en las postrimerías ya del segundo milenio de ésta Era Cristiana- es atrayente pero también difícil sobre manera. Digo que es difícil, entre otras razones, por lo complejo del tema que podría y debería ser enfocado desde muy amplias perspectivas. De ahí que sólo haré algunas reflexiones en voz alta, acerca del humanismo y la educación, y del humanismo y la historia con la cual se afinca la historia del arte.

Ante la propuesta surgieron en mi mente preguntas e inquietudes de distinto orden; son expresión natural de la

situación en que hoy en día se encuentran las humanidades; estamos viviendo tiempos en que éstas, se aprecian progresivamente desplazadas por agresivos avances tecnológicos. ¿Que queda de una sociedad sin el derecho, sin la filosofía, sin la pedagogía, sin las artes, sin la poesía, sin la historia? ¿Cómo explicar mínimamente la cultura sin las humanidades?. Convendría recordar los cimientos que las humanidades han puesto en la cultura occidental que hoy día cultivamos, y también los aportes en las humanidades -que desarrollaron en otro contexto civilizador- nuestros abuelos prehispánicos. Sólo la confluencia de estas dos corrientes humanísticas han hecho posible nuestra existencia, la de mexicanos en las vísperas del siglo XXI. Sólo podría, y eso hago, abordar algunos aspectos de las humanidades que, ciertamente nos iluminan y ennoblecen, y han permitido que nos olvidemos de los esplendores huecos que ha hecho creer la sociedad moderna que son los verdaderos paraísos.

No lo sé de cierto, pero ahora he pensado, con motivo de ésta invitación, que, tal vez, el tránsito en los sistemas y métodos de educación de la Universidad Iberoamericana, reforzó el potencial que en mí yacía hacia las humanidades. De una cosa estoy segura, humanismo y educación no son términos separados. No hay educación sin humanismo y el humanismo es inconcebible sin la educación. Unir las dos palabras favorece la consideración del humanismo en la educación mexicana y en los momentos culminantes del espíritu nacional.

Cuando ingresé a ésta universidad en donde hice los primeros estudios profesionales en Historia del Arte, tuve el enorme fortuna de hacer parte de mis experiencias vitales, la fundación y los primeros desarrollos de dos vertientes de enseñanza humanista que me fueron fundamentales: el de la historia del arte y el de la arquitectura; su primer promotor fue el doctor Felipe Pardini Illanes. Gratos, gratísimos recuerdos he recuperado en éstos días de los tiempos en que ambas Escuelas se gestaban primero en Insurgentes Norte, después en lo que hoy día es el

restorán San Angel Inn, en donde compartí, con ahora renombrados arquitectos y artistas, inquietudes y preguntas que en ese entonces llamabamos existenciales. Cuando estábamos en Zaragoza termine mi enseñanza de pregrado y para la inauguración de las instalaciones en Cerro de las Torres era yo flamante directora de la carrera y de la disciplina que hoy profeso: la Historia del Arte. Lo que aquí aprendí en cuanto actitudes, conocimientos y orientación humanística, fueron fundamento para mi vida personal y profesional, que de hecho se integran en indisoluble vida plena. A maestros, compañeros y alumnos, que alumbraron esos años de mi vida, mi recuerdo y mi afecto invariable. En 1970 fui nombrada investigadora de tiempo completo del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM y en ese espacio radical para la investigación de la historia del arte en México he permanecido hasta la fecha.

"Dos conquistas concurren en la formación de México : la de la violencia y la del humanismo" dijo distinguido intelectual mexicano, en cierta ocasión en la cual hizo recuento significativo de puntos cimeros de las humanidades en México.

La primera de tales conquistas ha dominado la visión del pasado levantándose como mito por la victoria militar; la segunda, obra de la evangelización, fue la de los valores universales de la cultura. La conquista armada funda la esclavitud; el humanismo establece la conciencia de nuestra identidad con todos los hombres.

Humanismo y conquista militar -la formación del hombre conforme al ideal clásico por vías del cristianismo, y la violencia como institución del dominio político- constituyen las oposiciones en los primeros tiempos de la colonia y, sin duda, las interpretaciones esenciales de la historia patria.

Las humanidades habrían sido imposibles si en los jóvenes indios de la nobleza vencida, no se hubiera conservado la tradición del ideal ético que se inaugura, al despojar a los hombres de su barbarie primitiva, en la íntima relación de lo

espiritual y lo material. Si los textos recobrados por el padre Sahagún asombran por la voluntad de perfección interior, no menos ocurre con la relación pormenorizada de las plantas y de sus propiedades, registrada en el Códice Badiano, con el conocimineto matemático, con la precisa medición del tiempo, con los alcances en urbanismo, en arquitectura y en las otras artes visuales, así como con la indagación paciente de la naturaleza y del cosmos. El México contemporáneo, dijo con sereno entusiasmo Alfonso Caso, no ha dado al mundo aportaciones universales como lo hizo el México antiguo. Por ello, la cultura prehispánica hizo posible la asimilación de la occidental.

En el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, sitio donde culminó la resistencia indígena, se habría de establecer, a distancia de 14 años de consumada la conquista, el ^{lugar} ~~sitio~~ de enseñanza que sustituiría al *Calmecac* de la nobleza y al *Telpochcalli* de los guerreros indígenas. Si Vasco de Quiroga había comunicado a Paulo III acerca de los primeros frutos de la educación de los indios, diciendo que escribían en latín y en romance "mejor que nuestros españoles", el Colegio de Tlatelolco reveló el afán de saber, la disciplina para alcanzarlo, y la inteligencia que hizo posible comunicar la cultura de los antiguos mexicanos, del náhuatl al castellano, y abrir su espíritu al del hombre clásico. Esta fue una de las hazañas de entendimiento más hermosas entre dos mundos distantes.

Las humanidades son obra de la utopía americana; entre España y Nueva España, el latín y el castellano fueron las vías de la libertad del espíritu; las lenguas indígenas, como sobrevivientes de una herencia remota, se conservaron en la penumbra colonial.

Si los humanistas del siglo XVI aprendieron los idiomas nativos con propósitos de beneficiar su obra civilizadora, los humanistas del siglo XVIII recuperaron, la unión del universo vencido con el universo creado durante ^{trescientos} 300 años de sojuzgación; y dieron, con ello, las bases de la nacionalidad. Los humanistas de siglo XVIII se vincularon con la labor de sus antecesores del siglo XVI, por medio de la crítica de la historia, para

engrandecer una vez más su condición por lo único que en rigor pertenece al hombre: la libertad de su espíritu. Esta empresa de recobrar el pasado fue emprendida principalmente por el jesuíta Francisco Javier Clavijero.

El servicio intelectual explica la obra de Clavijero y de sus condiscípulos en el Colegio de San Pedro y San Pablo: Campoy, Maneiro, Márquez, Fabri y Andrés Cavo, entre otros. Campoy le descubrió a Clavijero el tesoro de los códices y demás papeles indígenas que pertenecieron a Sigüenza y Góngora. Se decía que Clavijero "devoraba libros", de ahí que su curiosidad de saber se habría de anudar a la de Sahagún en un mismo destino de persecuciones. El provisor de la Compañía de Jesús, Pedro Reales, conminó a Clavijero a apartarse de imágenes y signos creados por los indios; pero sus ojos afanosos por entender el pasado los tenía puestos en los papeles de los antiguos mexicanos. Clavijero fue trasladado al Colegio de San Javier en Puebla y después, en 1764 a Morelia y a Guadalajara. Tres años más tarde saldría, con los de su orden, expulsado del país.

La acción política del humanismo mexicano se daría en septiembre de 1821. La Independencia es idea clásica en quién dió cauce y fuego para igualarnos a todos los hombres y es, por ello, empeño no concluído que permanece en diálogo abierto en las vísperas del siglo XXI.

No es verdad que las humanidades sean cosa muerta, signo privado de las clases vencidas en la historia patria, tesoro reservado de los seminarios o prenda de conservadores en sus academias: sólo -y esto procuren tenerlo siempre presente-, sólo nos es ajeno lo que ignoramos; sólo el conocimiento nos hará libres. Y el verdadero conocimiento se alcanza a través de acciones creativas específicas del hombre: el idioma, la poesía, la historia, la filosofía, las artes... Recuerdo ahora las palabras de Pedro Henríquez Ureña al inaugurar, en 1914, los cursos de la Escuela de Altos Estudios de la UNAM; dijo así:

"Las humanidades viejo timbre de honor en México, han de ejercer sutil influjo espiritual en la reconstrucción que nos

espera. Porque ellas son más, mucho más, que el esqueleto de las formas intelectuales del mundo antiguo: son la musa portadora de dones y de ventura interior *fors clavigera* para los secretos de la perfección humana".

Los momentos del humanismo mexicano que he señalado líneas arriba, indican que el estudio de la historia es una iluminación del alma, por sobre el desarrollo continuo de los sucesos. Al tener cabal conciencia, en la medida que esto es posible, de la velocidad con que transcurren las innovaciones tecnológicas que nos sitúan en un mundo lleno de "confort", a la vez que de inquietudes y desórdenes cotidianos y espirituales, cabe preguntarse ¿seremos capaces de percibir, asimilar, y sobre todo poner al alcance de las actuales y futuras generaciones los medios para satisfacer los desfases materiales y espirituales entre hombres, sociedades, pueblos y naciones? ¿Será posible humanizar la carrera tecnológica que hoy vivimos?. Nuestro mundo actual está lleno de portentos y maravillas a la vez que ensombrecido con "incertidumbres y amenazas de universal acabamiento nunca antes imaginadas".

Nuestro tiempo histórico es, en frase de Octavio Paz, un "tiempo nublado", acaso se podría completar tan ilustre frase que en ese "tiempo nublado" se entreve, porque destaca sobremanera, la herencia perdurable de la obra constructiva del hombre y se pierde en la bruma su acción destructiva, que niega los valores específicamente humanos. Cada generación conquista esa herencia, les toca a ustedes acrecentar su riqueza y reforzar los principios que son de suyo, la capacidad de fundar, la potencialidad para cimentar las acciones más nobles del espíritu humano. La recuperación constante del humanismo es tarea que augura la permanencia de la virtud del espíritu; es meta que trasciende nuestra existencia terrenal.

Unas palabras finales que explican mi dedicación profesional y su vinculación con las humanidades, El apoyo en el conocimiento de la historia del arte implica el poder reconocernos en el pasado, fundamentar el presente y anticipar el porvenir. La

lección sustantiva de nuestra historia del arte, la de nuestro país, es la de un humanismo siempre presente, desde el arte creado por los abuelos hasta las expresiones de un país que vislumbra el siglo XXI. El arte es un ente vivo, y como tal da cuerpo a la facultad humana de integrarse a la unidad del mundo. En el arte que nos pertenece, se encuentran libertad, educación y solidario esfuerzo en común. La acción creadora que distingue al hombre ha estado patente en toda época, y prevé su continuidad. Por medio del arte se alcanza el objeto supremo de la acción humana: formar al hombre y dirigirlo hacia su plenitud.

Todas las disciplinas que ejerce el hombre tienen un aspecto humanístico, comprenderlo y sustentarlo significa libertad del espíritu. Son mis mejores deseos por que ustedes logren alcanzar, como meta primordial, la capacidad de humanizar su vida profesional.